

rica; Wilson, Audubon, Nutall, Gundlach, Ridgway, Ord, Culloch, Coues y otros nos hablan de las del norte. Sus usos y costumbres son análogos á los de sus congéneres del antiguo continente; pero muéstranse mucho mas confiados, porque en casi todos los países la autoridad castiga severamente al que mata á uno de estos barrenderos de las calles. Las dos especies no se encuentran en todas partes juntas; cada cual prefiere ciertos sitios.

Segun Tschudi, el aura vive principalmente en las orillas del mar; no se le encuentra casi nunca en el interior de las

tierras, mientras que el gallinazo se deja ver con mas frecuencia en las ciudades y hasta en las montañas; rara vez en la costa. Como quiera que sea, todo el que desembarca en América puede estar seguro de ver una de estas aves tan pronto como pone el pié en el continente. «El europeo que llega al Perú, dice Tschudi, queda admirado al ver el gran número de vultúridos que se hallan en los caminos y en las calles, causándole asombro ver su tranquilidad al acercarse cualquiera.»

Parece que saben que son en alto grado necesarios para



Fig. 179.—EL SARCORAMFO PAPA

la limpieza pública, y por lo mismo sagrados; en todas las ciudades de la América meridional desempeñan las funciones de nuestra policía urbana.

«Sin ellos, dice Tschudi, la capital del Perú sería el punto mas malsano de todo el país; la autoridad no hace absolutamente nada para conservar la limpieza de las calles; pero en cambio millares de gallinazos viven de las inmundicias que se arrojan, y son tan poco tímidos que se les ve en el mercado de Lima, correr por en medio de la multitud mas compacta.»

Lo mismo sucede en todo el resto del sur, y hasta en algunos puntos del norte de América; no solo se le tolera, sino que se le protege por leyes severas.

Muévense como los otros vultúridos: «andan, dice el príncipe de Wied, con el cuerpo recto, y se asemejan bastante á un pavo: vuelan con facilidad, ciérnense á menudo, y se remontan á veces á una gran altura; pero no necesitan lucir mucho todas sus cualidades físicas, porque es muy raro que carezcan de alimento. Cuando descansan encogen el cuello

entre las espaldillas y erizan el plumaje, ofreciendo entonces un aspecto bastante hediondo.»

Sus sentidos son muy delicados, pero se guian por la vista sobre todo para buscar la comida. Audubon, que ha practicado sobre este punto varios experimentos, ha deducido en conclusion que si á estas rapaces se las privara de la vista morirían de hambre. Buscan y encuentran su alimento como las especies que hemos descrito antes.

«Los grandes buitres negros, aura y gallinazo, dice Burmeister, que se encargan en el Brasil de quitar todas las inmundicias, se encuentran por do quiera. Si un animal cae muerto, precipitanse sobre su cadáver, veinte, treinta, cuarenta ó mas individuos; le arrancan los ojos, y esperan impacientes á que los gases que se desarrollan bajo los ardores del sol hagan estallar las paredes abdominales que se descomponen. En aquel momento se promueve un tumulto indescriptible: cada individuo se apodera de un pedazo de los intestinos, y en un instante quedan hechas pedazos y devoradas las vísceras medio descompuestas. Una vez hartas

las rapaces van á posarse en un árbol próximo, oprimiéndose una contra otra, y allí esperan que la putrefacción continúe su obra y ablande bastante el cuerpo para poder acabar de devorarlo. Alguna de ellas, mas impaciente que las demás, y cuyo apetito no está satisfecho, trata de arrancar un nuevo pedazo de carne, royendo los bordes de una abertura; si lo consigue acuden al momento todas las demás, despedazan el cadáver una parte despues de otra, y solo dejan los huesos completamente pelados. En dos dias no quedan mas que algunos restos que sirven de pasto á las moscas.»

Por lo demás comen tambien carne fresca cuando pueden despedazarla; y á pesar de que muchas veces se ha pretendido lo contrario, atacan y matan animales vivos.

«Durante el día vagan los buitres á lo largo de la ribera, y penetran hasta los campamentos de los indios para buscar algo de comida; pero á menudo solo pueden aplacar su hambre cogiendo en el agua ó en las orillas pequeños crocodilos de siete á ocho pulgadas de largo. Es muy curioso ver cómo estos animales se defienden contra los buitres; apenas divisan uno, enderézanse sobre sus patas delanteras, levantan la cabe-



Fig. 180.—EL CATARTO AURA

za y abren mucho la boca: siempre hacen frente á su enemigo, y le presentan de continuo sus largos y acerados dientes. Entonces, mientras que un buitre llama la atencion del pequeño crocodilo, acecha otro una oportunidad para acometer al saurio de improvisio; cae sobre él, le coge por el cuello y se remonta llevándosele por los aires. Hemos observado tal espectáculo mas de una vez.»

Por su osadía é impudencia son á menudo molestos para el hombre y los carniceros. El príncipe de Wied refiere que apenas resuena una detonacion, se les ve aparecer por todos los puntos del horizonte. «Apenas habíamos tirado sobre un pato ó una avecilla, dice, cuando se veian ya ocho ó diez buitres, ó mas aun, en los árboles próximos; y si nos alejábamos un instante, se les encontraba devorando la caza.» Lo mismo se conducen con el jaguar. «Cerca de Joval, refiere Humboldt, encontramos el mayor jaguar que jamás habíamos visto; estaba á la sombra de una gran mimosa y acababa de matar á un capibara; pero no le habia despedazado aun, y tenia una de sus patas apoyada sobre la presa. Los buitres

se habian reunido en gran número para devorar los restos del animal, y nos divertia mucho observar su osadía mezclada de timidez. Llegaban á dos piés de distancia del carnicero; pero el menor movimiento de este les hacia retroceder al momento; para verlo mejor, pasamos á nuestra canoa, y al ruido de los remos, levantóse el jaguar para ir á ocultarse en las breñas; los buitres quisieron aprovechar la ocasion para devorar al capibara; pero el tigre dió un salto, cogió su presa y llevósela al bosque.»

Los catartos tienen tambien fama de robar los nidos; y hasta se dice que se fijan junto á ciertas aves acuáticas para tener mas fácilmente ocasion de comerse sus huevos.

Con el mismo atrevimiento proceden cuando se trata de la bebida donde escasea el agua á grandes distancias. «Mi huésped, dice Tschudi, se quejaba de que los gallinazos hacian padecer sed con frecuencia á su asno; y una mañana me convencí de la exactitud del hecho. Habiéndose llenado de agua un caldero para dar de beber al asno, y como le dejaron un momento en el patio, bajaron inmediatamente unos

veinte gallinazos, precipitándose sobre el líquido para aplacar su sed, y apenas se alejaba uno, otro ocupaba su puesto. El pobre borrico observó esta impertinencia al principio mudo de asombro; después, avanzando hacia el caldero, penetró entre las aves y desvió con la cabeza aquellos huéspedes desagradables; pero estos descargaron picotazos sobre la cabeza de su adversario, obligándole a retirarse. Al cabo de un rato, el cuadrúpedo, volviendo súbitamente, comenzó á cocear contra las voraces aves; esto produjo su efecto al punto; algunas se alejaron del agua, y el asno furioso, pensando solo en vengarse, las persiguió hasta obligarlas á remontarse por el aire. Satisfecho de su triunfo y orgulloso de su hazaña, dirigióse nuevamente al caldero, pero otra vez le vió ocupado. El cuadrúpedo repitió entonces la misma maniobra, y esto duró hasta que los buitres no tuvieron ya sed ó hasta que el agua se acabó. El pobre asno se vió pues obligado á esperar el día siguiente para poder disfrutar por lo menos del aspecto del agua. Solo cuando el mozo se colocaba con un palo junto al caldero érale posible al asno aplacar su sed sin ser estorbado. Como las pocas fuentes de agua dulce de la región están ocupadas día y noche por la gente que necesita llenar sus cántaros, los gallinazos padecen sed á menudo y tratan de satisfacerla, ya por astucia ó bien por fuerza, allí donde pueden.»

Parece que al hombre le complace particularmente turbar el reposo de estos vultúridos: Schomburgk refiere que los oficiales del fuerte Joaquin se divertían en disparar cañonazos contra las aves que se hallaban reunidas en número de trescientas á cuatrocientas, en el matadero del fuerte; á veces quedaban cuarenta ó cincuenta individuos muertos.

«Nuestros indios, añade, ataban un pedazo de carne á un anzuelo y lo arrojaban á los buitres: el mas voraz lo tragaba y quedaba cogido. Después le cubrían los indígenas con plumas de otras aves, fijándolas con cera; cortábanle el collar, poníanle una corona sobre la cabeza y le soltaban. La rapaz iba á reunirse con sus compañeros; pero tomándole estos por un monstruo, asustábanse, huían y no se acercaban ya hasta que se despojaba de los adornos que le habían puesto.»

Taylor refiere que se entretuvo muchas veces en arrojar á los gallinazos pieles de animales rellenas de algodón, y dice que nada era tan divertido como ver á las rapaces trabajar afanosamente para deshacer aquel maniquí. Burmeister no pudo resistir tampoco á la tentación de atormentar un poco á las inofensivas aves.

«Causábame un singular placer, dice, molestar á estos buitres: acercábame á ellos y disparaba un tiro, y cuando huían en todas direcciones, sus alas me azotaban casi el rostro. Remontábanse por los aires hasta verse fuera de peligro: describían grandes círculos, sin perderme nunca de vista, y acababan por volver á concluir su interrumpido banquete. Jamás he oído su voz; parece que siempre están silenciosos.»

Algunos animales, y particularmente varias rapaces, hostilizan también al gallinazo y al aura. Ya he hablado de la especie de dominación que ejerce sobre ellos el sarcoramfo; el caracara y el chimango los persiguen cuando están hartos de comer, y no los dejan tranquilos hasta que devuelven sus alimentos y se los abandonan.

Según Tschudi, el gallinazo anida en los tejados de las casas, en los campanarios de las iglesias, en las ruinas y las paredes altas. Se reproducen en febrero y marzo, y cada puesta se compone de tres huevos de color blanco pardusco.

El urubú, según el mismo observador, elige las rocas arenosas de la costa marina, ó las pequeñas islas inmediatas para construir en ellas su nido, donde la hembra deposita tres ó cuatro huevos mas redondeados y de color mas claro que los del gallinazo.

Todos los demás naturalistas, excepto Oboss, están contentes en que estas dos aves no ponen mas que dos huevos en descubierto, ya en la grieta de una roca, ó debajo de un árbol derribado, que los preserva un poco de la intemperie, ó bien, por último, en el hueco de un tronco, ó en una cavidad, en medio de las raíces. En el sur de la América del norte, en Texas y en México, anidan preferentemente el gallinazo y el aura, en los pantanos; eligen una eminencia que no pueda ser inundada por las aguas, y practican debajo de un matorral una pequeña cavidad donde puedan depositar sus huevos. Con mucha frecuencia se les encuentra en medio de las colonias de garzas reales y otras aves de los pantanos.

Según Audubon, los hijuelos tardan treinta y dos días en salir á luz; el padre y la madre cubren alternativamente y se alimentan uno á otro; para ello vomitan cada cual delante del nido todo lo que contiene su estómago ó una parte solo. Lo mismo hacen para dar de comer á sus hijuelos; pero entonces dejan caer el alimento en el pico. Luego les acostumbra á comer pedazos mas grandes y resistentes.

CAUTIVIDAD.—Actualmente se ven catártidos cautivos en todos los grandes jardines zoológicos: Azara dice que se pueden familiarizar en alto grado y hasta convertirse en verdaderos animales domésticos. Un amigo de este naturalista tenía uno que entraba y salía libremente; acompañaba á su amo á los paseos y cacerías, y hasta en sus viajes, obediéndole como un perro bien amaestrado cuando se le llamaba para darle alimento. Otro individuo acompañaba á su amo en viajes de mas de cincuenta leguas inglesas, sin separarse del coche; cuando estaba cansado posábase en el techo de este; y á la vuelta tomaba la delantera para anunciar en casa la llegada del amo.

LOS ESTRÍGIDOS—STRIGIDÆ

CARACTERES.—Los estrígidos, ó buhos, con los cuales terminaremos la historia de las rapaces, se distinguen claramente de los vultúridos y de los falcónidos: solo desde lejos ofrecen alguna semejanza con ciertos buzardos. Su cuerpo parece muy grueso, pero en realidad es delgado, esbelto y poco carnoso; tienen la cabeza muy grande, ancha por detrás y cubierta de un plumaje compacto; los ojos grandes y planos, dirigidos hacia adelante y rodeados de un disco de plumas en forma de radios. Las alas son largas, anchas y concavas; el pico corto; los tarsos de un largo regular, cubiertos de plumas ó de pelos; el pico sumamente encorvado desde la base, ganchudo, de bordes lisos, sin dientes ni escotaduras; la cera, del mismo color del pico, oculto siempre por plumas sedosas, largas y erectiles. Los dedos son bastante cortos, casi iguales, pudiendo dirigirse el externo hacia adelante ó hacia atrás; el pulgar es comunmente un poco mas alto que los dedos anteriores; las uñas grandes, largas, y muy corvas, puntiagudas y redondeadas.

Las plumas son grandes, largas, anchas, redondeadas en el extremo, finamente divididas, blandas y flexibles, y decrepitan cuando se las oprime. Las de la cara tienen una conformación muy diferente de las del cuerpo. «Las plumas que rodean el ojo, dice Burmeister, así como las de la línea que se corre entre él y el pico, están muy desordenadas; su tallo se prolonga en forma de seda. El círculo del ojo se une á otro, formado de plumas pequeñas y rígidas, de barbas poco separadas, las cuales constituyen al menos medio círculo al rededor del conducto auditivo externo, y se prolon-

gan á veces hacia delante hasta la base del pico. Este círculo auricular, que representa el pabellón, se compone de tres á cinco hileras de plumas; cuanto mas perfecto es, mas se desarrolla también el disco ocular, y al mismo tiempo que este último, las plumas de la línea naso-ocular. En este caso, la cera, y con frecuencia una parte de la porción córnea del pico, están completamente ocultas por el plumaje.» Estas plumas son las que imprimen á los estrígidos ese aspecto particular que les comunica cierta semejanza con los gatos.

Las pennas de las alas son bastante anchas, redondeadas en su extremo, y encorvadas hacia el cuerpo, de lo cual resulta para el ala una forma cóncava. Las barbas externas de las tres primeras pennas tienen un filete ó son dentadas; á esta última forma deben los estrígidos su vuelo silencioso, pues impide el frotamiento; pero no se encuentra en todos; carecen de ella las especies diurnas. Las barbas internas de las rémiges parecen sedosas ó lanudas, y se adaptan exactamente á la penna que se apoya en ellas. La primera rémige es corta, la segunda un poco mas larga, la tercera y la cuarta son las que mas se prolongan. Las rectrices son un poco arqueadas, y tienen casi un largo igual, lo que comunica á la cola una forma cuadrada; solo por excepción es cóncava.

Todos los estrígidos tienen el plumaje de colores oscuros, poco vistosos, que se confunden con el de la tierra ó de los troncos de los árboles. Sin embargo, el plumaje suele presentar en su conjunto un dibujo de los mas hermosos; algunas especies ofrecen también colores muy vivos, y sobre todo muy puros, que constituyen una belleza particular.

La organización interna de los estrígidos merece fijar nuestra atención por algunos instantes: el esqueleto difiere sensiblemente del de los falcónidos: según las investigaciones de Nitzsch, el hueso lagrimal está conformado de distinto modo que el de las rapaces diurnas; no forma prominencia sobre el ojo: el hueso cigomático, que en las últimas prolonga dicha saliente, no existe en los estrígidos. El borde superior saliente de la órbita no está formado sino por el frontal; el hueso timpánico presenta en su cara interna una articulación con el esfenóide, que es en un todo independiente de su articulación anterior. El esternón del mayor número de las especies tiene á cada lado dos expansiones membranosas que bajan hasta el borde del abdomen: la horquilla es mas delgada y endeble que en los falcónidos. Tienen los estrígidos once vértebras cervicales, ocho dorsales y ocho caudales; las dorsales no están nunca soldadas entre sí. Los huesos son en general menos neumáticos que los de los falcónidos; los fémures no lo son jamás; los espacios aéreos de los huesos del cráneo tienen en cambio mayor desarrollo que en las otras rapaces. En algunos estrígidos tienen aquellos un espesor de mas de un centímetro y parecen esponjosos.

La faringe es muy grande; el esófago carece de buche; el estómago es membranoso y muy extensible; el bazo redondeado; el hígado se divide en dos lóbulos, de la misma forma y volumen; los ciegos son mas largos y anchos que en ninguna otra rapaz.

Los órganos de los sentidos están muy desarrollados: estas aves tienen los ojos muy grandes; la córnea es muy convexa, afectando la forma hemisférica. Los lados de la esclerótica, así como el anillo huesoso esclerótico, son muy prolongados, de manera que forman una especie de cáliz ó tubo. Los movimientos internos del ojo son considerables; á cada uno de los respiratorios, estréchase la pupila ó se dilata.

En ciertas especies presenta la oreja una conformación particular: en la mayor parte de los estrígidos, la abertura del conducto auditivo externo presenta la forma de una grieta que se dirige de arriba abajo al rededor del ojo y está

provista de una especie de opérculo movable, y rodeada de un pabellón cubierto de plumas en forma de radios, perfectamente dispuesto para recibir y condensar las ondas sonoras.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Los estrígidos, de los cuales se conocen unas 190 especies, son cosmopolitas, en la verdadera acepción de la palabra: habitan en todos los puntos de la tierra; se les encuentra en todas las latitudes. Se les ve desde los helados países del polo norte hasta el ecuador; desde las orillas del mar hasta una altura de 5,000 metros. En el sur son mas numerosas las especies que en el norte; pero aun allí está ricamente representado este suborden.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Los bosques constituyen su verdadera patria; se les encuentra no obstante también en las estepas y en los desiertos; en las montañas mas peladas como en el interior de las ciudades y pueblos, pues por todas partes encuentran sitios donde albergarse y el alimento necesario.

Designase á menudo á los estrígidos con el nombre de rapaces nocturnas, lo cual no es completamente exacto, pues si bien es cierto que las mas no comienzan á cazar hasta la hora del crepúsculo, muchas, así de las que habitan el polo como de las que viven en los trópicos, son activas durante el día.

Ciertos estrígidos de las estepas buscan su alimento á la luz del sol; mientras se ve á otros retozar en el interior de los bosques, y hacer, en una palabra, tanto ejercicio de día como de noche. Sin embargo, cuando reinan las tinieblas es cuando mas cazan estas rapaces, y están admirablemente conformadas para ello. Tienen una vista excelente para las distancias cortas; su oído es delicado y su plumaje, suave y como descompuesto, les permite moverse en medio de la oscuridad. Vuelan sin ruido rasando casi la tierra; perciben el mas leve rumor, el mas ligero frotamiento, y á pesar de las tinieblas divisan los mas pequeños animales. «He practicado algunos experimentos, dice mi padre, en varios buhos domésticos; tenían los ojos completamente cerrados; estaban durmiendo, y observé siempre con asombro que bastaba el mas ligero ruido para despertarles y hacerles volar. En noches de profunda oscuridad ví á los buhos remontarse por el aire y oír su voz tan pronto en un lado como en otro; uno de mis amigos procuró acercarse lenta y cautelosamente á un mochuelo que estaba posado en un árbol, y el ave emprendió el vuelo apenas le hubo divisado.» El ojo de los estrígidos es muy sensible á la luz: en días muy claros ciertas especies cierran á medias sus párpados y casi del todo algunas veces; pero es un error creer que no ven durante el día. «Pueden volar en plena luz, dice mi padre, y pasar por en medio de la mas cerrada espesura sin tropezar contra los árboles. Los estrígidos, á los que yo quitaba sus hijuelos, corrían en pleno día; emprendían el vuelo si les apuntaba; y una vez ví al medio día á un mochuelo que se lanzó desde la torre del castillo de Altemburgo sobre un gorrion que comía en el patio con las gallinas, y al que cogió para llevárselo á su retiro.»

Las observaciones siguientes inducen á creer que los buhos intentan engañar al intruso cuando de día cierran y abren los ojos cual si no pudieran ver bien. «Cuando el mochuelo silvestre, así me escribe Walter, se halla bastante seguro en un árbol hueco y asoma la cabeza fuera de la abertura para ver la clara luz del día, no cierra los ojos á medias, sino que los abre tanto como le es posible para fijarlos en la persona que le inquieta. Si entonces se le tira una piedra con acierto, obligándole á salir de su escondite, refúgiase cuando puede á una enramada, deja al hombre acercarse y le mira con los ojos entreabiertos. En el hueco del árbol se cree seguro y no